

XVII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Catamarca, Catamarca, 2019.

LA INTERFAZ CONTINENTAL - ANTILLANA EN EL PROCESO INDEPENDENTISTA/ANTICOLONIAL NUESTRO AMERICANO. HACIA UNA PROPUESTA DE PERIODIZACIÓN.

Elena Torre.

Cita:

Elena Torre (2019). *LA INTERFAZ CONTINENTAL -ANTILLANA EN EL PROCESO INDEPENDENTISTA/ANTICOLONIAL NUESTRO AMERICANO. HACIA UNA PROPUESTA DE PERIODIZACIÓN. XVII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Catamarca, Catamarca.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-040/78>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Mesa 54 La integración nuestroamericana como proyecto: del bolivarianismo al presente.

**LA INTERFAZ CONTINENTAL –ANTILLANA EN EL PROCESO
INDEPENDENTISTA/ANTICOLONIAL NUESTRO AMERICANO. HACIA UNA
PROPUESTA DE PERIODIZACIÓN.**

Elena Torre

etorre@bvconline.com.ar

Centro de Estudios Interdisciplinarios sobre Nuestra América. José Martí (CEINA)
Departamento de Humanidades - Universidad Nacional del Sur

(Para Publicar)

Planteo del tema

La tematización del tiempo junto al interés por plantear una problematización reflexiva de su uso e intencionalidad respecto al modo histórico de comprender los acontecimientos del transcurrir de América, marca el horizonte de búsquedas e indagaciones que orienta nuestra labor investigativa. Los motivos que nos llevan a procurar incursionar sobre distintos criterios para temporalizar procesos de nuestra historia americana, encuentra sus condiciones de posibilidad en los siguientes argumentos. En primer lugar, porque el diálogo interdisciplinario y colaborativo entre diversos campos de la ciencia y demás saberes, ha proporcionado relevantes fundamentos teóricos para admitir otras maneras de concebir el tiempo, que resultan rupturistas y hasta confrontativas del postulado lineal hegemónico. En segundo orden, porque al introducirnos en lecturas sobre la hermenéutica del tiempo, con el fin de dotar de contenido a nuestra propuesta de estudio, nos hemos sentido interpelados en repensar –para luego refrendar- la premisa que define que la historia es, fue y será historia de tiempo presente. Asumir como temporalidad histórica

“La contemporaneidad de lo no contemporáneo, [habilita] la idea de la coexistencia de una infinidad de temporalidades relativas” (Palti, 2000: 21 citado en Valencia, 2007: 185). Si se acepta entonces que el presente es el tiempo de la investigación de la historia y que el presente histórico consustancia con la dinámica temporal del quehacer histórico, es admisible “la idea de relatividad en la historia que se origina en el hecho de que el pasado pueda ser visto siempre de una manera distinta y renovada” (Valencia, 2007: 185).

El pasado en coexistencia con el tiempo presente y entramando con la realidad presente, deja ante el investigador un ato de cabos o puntas de procesos que se despliegan simultáneamente “pidiendo” ser re interrogados desde demandas de respuestas y búsquedas actuales.

Tomando como presupuesto tales criterios, este trabajo tiene por objeto formular otra manera de pensar la variable temporal, en el estudio de los procesos anticoloniales determinantes de la historia de América; propuesta que adscribe al encuadre epistemológico que denominamos Tiempo Emancipador, sobre el cual venimos trabajando y a través del cual, procuraremos dotar de sentido al objeto de estudio.

Al referirnos a los procesos anticoloniales determinantes de América, en tanto materia de análisis, estamos aludiendo concretamente a la revolución independentista hispanoamericana, como así también a su correlato anti imperialista de promedio y cierre del Siglo XIX, cuyas principales bases se encuentran – de acuerdo a nuestra mirada- en la racionalidad y praxis de Francisco Bilbao y José Martí.

Frente a dichos procesos, nos interesa ensayar un tratamiento del tema integral e integrador, a través del cual sea posible interconectar circunstancias y elementos fácticos que –a nuestro juicio- se han estudiado desconectados o en compartimientos estancos, como procesos aislados.

Entendemos que tales motivos, entre otros, abren la posibilidad de formular una propuesta de periodización - que si bien de manera provisional- deseamos se encuentre en ocasión de dialogar como una alternativa a las ya avaladas.

A los efectos de transitar ese camino, señalamos que la hipótesis que orienta esta investigación sostiene que a la luz de la perspectiva de Tiempo Emancipador, el proceso revolucionario independentista hispanoamericano y la contingencia anti imperialista nuestroamericana, corresponden a un mismo devenir histórico de carácter anticolonial

cuya dinámica exhibe puntos de conexión entre la fase continental y la fase insular; devenir que evidencia un solapamiento o ensamble en el cual se entrama históricamente un proceso con el otro.

A los efectos de hallar intersecciones o conexiones entre distintos hechos que den cuenta de una integración entre los procesos y sus fases, el tema será abordado a través de la herramienta metodológica que hemos definido como interfaz.

El empleo del concepto de interfaz para el objeto de estudio, conlleva el interés por establecer la existencia de una cadena de significaciones (a la manera que propone Castoriadis, 1981: 79), cuya exploración permitirá -desde una lógica de conjunto- revelarse dotado de sentido.

En correspondencia a este propósito, procuraremos caracterizar la interfaz continental/antillana de praxis independentista, plausible de arriesgar una periodización por la cual intentaremos demostrar que dicho itinerario se trata de un proceso integral, no escindido históricamente. De acuerdo a ello, intentaremos contribuir a demostrar que el Plan Continental, era continental y americanista en sentido *lato*.

Para finalizar esta introducción al tema, resta señalar que el presente trabajo consiste en un ejercicio de elaboración provisional que da continuación a trabajos anteriores cuyo desarrollo adscriben a los estudios emancipatorios, en tanto andamiaje epistemológico que sustenta nuestra labor. Este enfoque, habilita a encuadrar los estudios de caso o investigaciones de procesos, partiendo del presupuesto de admitir la diversidad de perspectivas que existen sobre el tiempo. Consideramos que, si bien hace falta una mayor investigación con respecto al tema que nos convoca, entendemos que no existirían razones fácticas para mantener su tratamiento como fenómenos autónomos y aislados. Deseamos que este trabajo aporte un acercamiento introductorio al esclarecimiento de la cuestión.

Elementos configurativos de la categoría Tiempo Emancipador nuestro americano

Independencia y emancipación:

Como se ha señalado, nos convoca la tarea de desarrollar una trama histórica que permita visualizar la existencia de un itinerario anticolonial nuestro americano continentalista en sentido lato, cuyo transcurrir admite una métrica temporal extendida.

A los efectos de este ejercicio, es necesario aclarar algunos conceptos. En primer lugar debemos afirmar que la tradición emancipatoria y los estudios críticos latinoamericanos constituyen la perspectiva epistemológica que orienta y nutre nuestras investigaciones. Múltiples corrientes de pensamiento y autores de nuestra América (tanto aquellos que se expresan “en la lengua del amo”, como quienes conservan lenguas no coloniales), han contribuido y contribuyen en dotar de potencia y contenido a esta vertiente.¹ Creemos comprender que todos ellos, en su riqueza y diversidad, confluyen en una aspiración utópica común: el cambio de sentido “*en el modo de producción y reproducción de la vida*”.

La exigencia del imperativo categórico marxiano: ‘... *subvenir a todas las relaciones en las cuales el hombre es un ser envilecido, humillado, abandonado, despreciado*’ (Marx, 1843: 13) - y que en su amplitud de aportes fecunda en el universo del pensamiento emancipatorio latinoamericano- constituye la clave para comprender ‘*El dramático movimiento de la emancipación*’. (Marx, 1843: 19 citado en Torre, 2017: 12).

Hemos planteado este horizonte epistemológico como idea reguladora para entender el movimiento de la emancipación y su drama; tema- problema que ocupa nuestro interés y nuestro sentir y sobre el cual hemos reflexionado en investigaciones anteriores. A partir de tales avances formulamos que la dinámica emancipatoria reconoce como acción “*un faciendum y no un factum*” (Ortega y Gasset, 1983:32), por la cual la categoría emancipación cobra vigor como proyecto vivo, inconcluso, que interpela a la realidad americana para indagar en las matrices de dominación aún no resueltas. Es en esta dirección que tomamos en préstamo el gerundio como significante ontológico según

¹ Sin que sea posible mencionar de manera exhaustiva las valiosísimas contribuciones que adscriben a los estudios emancipatorios, deseamos señalar que los encuadres teóricos que orientan nuestro horizonte de reflexiones son tributarios de determinados marcos categoriales provenientes del pensamiento de Arturo Roig, Enrique Dussel, Yamandú Acosta, Sergio Tischler, Boaventura de Sousa Santos, Stella Fernández Nadal, Adriana Rodríguez, entre los principales aportes de un línea de pensamiento que orienta las posibilidades emancipatorias de un “*futuro Otro*.”

Ortega y Gasset, para sostener que el proyecto emancipador americano implica un continuo e inacabo “*estar haciendo*”.² (Torre, 2010: 14).

La incompletud del quehacer emancipatorio ubica nuestro análisis en posición de plantear una cuestión fundamental para el tema objeto de este estudio. Se trata de la necesidad de establecer la distinción entre el concepto Independencia y la categoría Emancipación. Para referirnos al primero de los tópicos hace falta establecer determinados elementos que encuadran el enfoque del tema. En este sentido, definimos al proceso revolucionario independentista americano en términos de un registro temporal de larga duración que reconoce entre sus premisas:

- un espacio territorial y a la vez ontológico: “nuestra América”, considerando como tal a la definición martiana “Del *Bravo a Magallanes*”, o del “*Río Grande a la Patagonia*” (Martí, 1884:69), atravesado por una dinámica histórica en común;
- la presencia de diversas matrices de dominación colonial tradicional operando en dicho espacio: España, Francia, Portugal, Inglaterra, Holanda, Alemania;
- la identificación de un tiempo revolucionario independentista de amplio alcance: que se extiende desde fines del siglo XVIII y aún persiste activo en el siglo XXI, si se reconoce la visibilidad del movimiento por la independencia de Puerto Rico;
- la existencia de un estado permanente de “revolucionariedad” (Rodríguez, A; 2008) y su persistencia en un proceso dialéctico de condensación, acumulación y eclosión que bajo determinadas condiciones históricas, irrumpe bajo contenidos de coyuntura independentista.

De acuerdo a estos criterios, marcamos la distinción fáctica y epistemológica entre los conceptos Independencia y Emancipación. Entendemos por proceso independentista a la situación revolucionaria de carácter militar e institucional, que persigue como fin ulterior la ruptura de los lazos de dominación colonial y la conquista y consolidación de la soberanía sobre un territorio. La independencia es el acto de formalización de soberanía política que sienta las bases fundantes de los nuevos estados. La conquista de la libertad y de la autodeterminación de los pueblos que significa la independencia, coloca a esta

² “La vida es un gerundio y no un participio: un *faciendum* y no un *factum*. La vida es quehacer. La vida, en efecto, da mucho que hacer (...). Su modo de ser es formalmente ser difícil, un ser que consiste en problemática tarea. Frente al ser suficiente de la sustancia o cosa, la vida es el ser indigente, el ente que lo único que tiene es, propiamente, menesteres”. Ortega y Gasset, J. (1983). “Historia como Sistema”. En *Obras Completas*, Madrid: Revista de Occidente, Vol. VI, pp. 32-33.

fundamental categoría como condición necesaria, pero no suficiente para alcanzar la emancipación.

En el caso de nuestra América, la emancipación se manifiesta en disímiles acciones y tensiones, se revela en la densidad de planos simbólicos y subjetivos que atraviesan en su caminar “*la larga noche de quinientos años*”, parafraseando la poética zapatista.

Dicho en otros términos:

La emancipación (...) no asienta su origen en las guerras de independencia sino en la primera presencia de dominio exógeno, que se objetiviza en la invasión de las metrópolis europeas en América. Esta etapa, conocida como la *primera occidentalización* (...) La emancipación constituye un estadio superior a las independencias formales latinoamericanas, que constituyeron un cronotopo importante pero sumergido al proceso emancipador (Rodríguez, 2013: 8).

Las caracterizaciones antes enunciadas, dan cuenta del equívoco que supone utilizar ambos conceptos como sinónimos. Desde el punto de vista de la temporalización, se asume que el ciclo revolucionario independentista nuestro americano está contenido en el tiempo emancipador, éste último en su movimiento dramático -re- citando a Marx- se despliega hasta nuestro presente. Más aún, otra consideración para observar es el hecho de que todas las revoluciones independentistas son emancipatorias; sin embargo no todas las revoluciones emancipatorias, son independentistas. Para cerrar este encuadre de atributos que diferencia a ambas categorías, vale aclarar que las revoluciones de independencia asumen el carácter de proyecto instituido, mientras que la emancipación se configura en un horizonte hermenéutico como proyecto instituyente.

Proceso/s anticolonial/es: hacia un mapeo de conceptos

Antes de abocarnos a la elaboración de la trama de significantes fácticos y de sentido por los cuales sea posible demostrar la existencia de nodos de contacto y correlación entre dinámicas históricas continentales e insulares, nos detenemos para explicar por qué el planteo que efectuamos hace anclaje en el concepto de procesos anticoloniales, desde una mirada amplia.

Como tales, hacemos referencia al movimiento revolucionario independentista de alcance hispanoamericano (porque corresponde estrictamente al objeto de este estudio), tanto como a las tesis antimperialistas que Francisco Bilbao desarrolla promediando el siglo XIX y José Martí, desde un par de décadas más tarde en adelante.

El primero de los casos exhibe su carácter anticolonial sin mayores comentarios. Incluye todas las expresiones y acciones continentales e insulares desde fines del siglo XVIII hasta fines del siglo XIX.

En el segundo, la aplicación de la cualidad o atributo anticolonial, involucra a los programas y discursos impugnatorios y combativos contra el imperialismo expansionista, asociado a la fase temprana del capitalismo monopólico financiero. Teniendo en cuenta la periodización que plantea V. Lenin, entre 1860 y 1903 “... *el capitalismo se transforma en imperialismo*” (Lenin, 2005: 23) y uno de los rasgos esenciales de este fenómeno es la disputa por el reparto del mundo entre las potencias centrales europeas y extra- europeas. En relación a este contexto, Bilbao y Martí manifiestan el peligro que se cernía sobre América ante el avance de un moderno y poderoso sistema de dominación estructurado sobre nuevas bases industriales, tecnológicas y militares al servicio del capitalismo monopólico financiero. William Henry Seeward, Secretario de Estado del Presidente Andrew Johnson (1861- 1869), de este modo define al neocolonialismo:

Los mercados debían ser protegidos mediante métodos imperialistas’. El objetivo era montar un imperio informal en el que no hubiese necesidad de establecer un colonialismo a la antigua usanza. En vez de una costosa organización colonialista, el expansionismo debía conseguirse a través de acuerdos, cónsules, barcos y cañoneras’ (Konnig:, 1992: 410)

El anticolonialismo independentista tanto como anticolonialismo antimperialista que en momentos se sucedieron y en otros convergieron como continuidades del Tiempo Emancipador, también encuentra su referente en el marco categorial que contiene los conceptos de Segunda Independencia o Emancipación mental.

Para esclarecer esta afirmación, partimos de la sentencia martiana: “*La colonia continuó viviendo en las repúblicas*” (Martí; 1891: 484), presupuesto que desde su publicación en el ensayo Nuestra América, interpela la actividad de pensar de manera “práctica”, transformadora, dialogando en el mismo horizonte de sentido con la importante producción de

categorías críticas que explican aún la existencia de todas las formas objetivas y subjetivas de colonialidad y dependencia que persisten -pese y más allá- de la independencia formal de los países latinoamericanos.

Entre los marcos teóricos capaces de proporcionar las condiciones de reflexión para convalidar la perspectiva anticolonial de larga duración que aquí formulamos, optamos por seguir los lineamientos de Arturo Roig. Su tesis pivotea en la polaridad independencia-dependencia como núcleo del proceso emancipador.

Roig delimita una etapa inicial que denomina “*Primera Independencia*” o “*Primera Emancipación*”, que se corresponde con el período del movimiento independentista revolucionario hispanoamericano subcontinental desde fines del Siglo XVIII a 1824 (en rigor, debemos aclarar que la última batalla de la independencia no fue Ayacucho -1824, como lo registra la historiografía tradicional, sino Tumusla, Potosí, en 1825).

Ahora bien, el autor señala que una vez alcanzados los objetivos políticos que guiaron la primera independencia, el proceso emancipatorio no concluyó, pues necesariamente le debía seguir una “*Segunda Independencia*” o “*Segunda Emancipación*” que -como esquema categorial- construyó el discurso de la llamada “*Emancipación mental.*”

Originario de Francisco Miranda, presente en el ideario de Bolívar, resignificado por José Martí, reactualizado y vigente hasta nuestros días, dicha noción alude a la necesidad de liberación de aquellos factores opresivos que se han instalado en el colectivo social de los pueblos y que producen y reproducen objetivaciones de una mentalidad colonial heredada de siglos de dominación exógena.

Según Roig, la elaboración categorial de una Segunda Independencia sobre los términos antes señalados, queda comprendida entre 1830 (con el Romanticismo) hasta mediados del Siglo XX. A partir de allí, la idea que organiza el discurso emancipatorio es la Teoría de la Dependencia, a través de las categorías *Dependencia* y *Liberación*. (Roig, 2007: 46).

En este punto, resulta interesante sumar los aportes de Clara Jalif -discípula y colega del Dr. Roig-. La filósofa mendocina plantea como hipótesis de sus investigaciones relacionadas a pensamiento del Francisco Bilbao que el intelectual chileno:

Pertenece de lleno al movimiento de la llamada ‘segunda emancipación’ o ‘emancipación mental’, que tuvo sus primeros desarrollos importantes en los países americanos desde 1830 en adelante, es decir, con los pensadores románticos. Con ellos aparece la propuesta

de ‘una filosofía americana’, problemática que se mantiene vigente en nuestro pensar (Jalif, 2003:44).

Las perspectivas antes enunciadas refuerzan la propuesta de comprender al fenómeno anticolonial nuestro americano como un proceso común que comporta de diferente forma ante determinadas condiciones históricas. Así, podemos entender que la postura de Bilbao se pronuncia antimperialista frente a la invasión francesa y la expansión estadounidense sobre México. Así también sienta las bases de una tradición filosófica genuinamente americana y decolonial (en términos de la epistemología actual), tradición que luego continuarían otros pensadores americanos.

Para el caso del pensamiento martiano, el despliegue del anticolonialismo se manifiesta independentista, antimperialista y decolonial. José Martí elabora un programa de emancipador de alcance Antilla -cubano-continental que conlleva como fin ulterior la independencia formal de Cuba y Puerto Rico – y que a su vez – trasciende dicho acto político. La independencia de su nación, debía trazar el rumbo para alcanzar la segunda independencia de América.

Consideramos que a los efectos del tratamiento del tema que estamos desarrollando, resulta pertinente situar el concepto “segunda independencia” martiano en su contexto histórico de producción. Esta precisión es necesaria para explicar su sentido epocal antimperialista y decolonial; sentido éste que se despliega más allá de sus propias circunstancias para autocomprenderse como proyecto emancipador de carácter instituyente.

La creación semántica acuñada por Martí, corresponde a un artículo que el cubano escribe en su cargo de corresponsal del Diario la Nación de Buenos Aires, en ocasión de la inauguración de las sesiones de la Primera Conferencia Americana con sede en Washington (2 de noviembre de 1898).

En tal sentido, la Conferencia Americana respondía a los propósitos del gobierno de Estados Unidos en sellar una alianza hemisférica controlada bajo su órbita, a través de la cual establecer tratados diplomáticos y comerciales capaces de viabilizar la dominación económica –financiera de los monopolios, desplazar y/o eliminar la presencia inglesa de los mercados y neutralizar toda pretensión futura de las potencias europeas sobre la región Caribe y Sud América, que Estados Unidos proyectaba como área hemisférica.

Exhibiendo un notable manejo de la geopolítica de su tiempo, José Martí revela su estado alarma y enorme preocupación, frente a las decisiones que pudieran tomarse en la reunión- porque:

Jamás hubo desde la independencia hasta acá, asunto que requiera más sensatez, ni obligue a más vigilancia, ni pida examen más claro y minucioso que el convite que los Estados Unidos potentes, repletos de productos invendibles, y determinados a extender sus dominios en América, hacen a las naciones americanas de menos poder, ligadas por el comercio libre y útil con los pueblos europeos, para ajustar una liga contra Europa, y cerrar tratos con el resto del mundo. (Martí, 1889: 379)

La gravedad de la convocatoria por parte del gobierno de Estados Unidos y las consecuencias que podían derivarse de las posturas que asumieran los delegados de las naciones americanas, dio lugar al urgente llamamiento de Martí, núcleo estructurador de su doctrina antimperialista y revolucionaria. Consideramos que la segunda independencia alude en este contexto a la necesidad del fortalecimiento económico de los pueblos americanos como afirmación de la independencia política. Según su argumentación, la condición soberana de los estados se hallaba bajo amenaza por un imperialismo emergente que estaba preparándose para lanzarse rapazmente sobre el hemisferio, como paso previo a su disputa por el resto del mundo. Esta reunión representa sin lugar a dudas un borde de coyuntura y en tal sentido, la integración de las naciones americanas y la implementación de mecanismos para direccionar el rumbo de los países hacia el progreso social, cultural y económico constituyen –según nuestra visión- los principales elementos que orientan el llamamiento martiano a “*una segunda independencia*”. (Torre, 2012: 11, 16)

Ahora bien, nos interesa efectuar un rápido acercamiento a la resignificación que los estudios de la corriente Historia de las Ideas hacen del tropo martiano “Segunda Independencia”. Hemos señalado que Arturo Roig y Clara Jalif – entre otros investigadores- entienden a dicha categoría más próxima a los tópicos de la vertiente crítica que hoy reconocemos como decolonial. En esta dirección se alude a la segunda independencia a la noción mirandina de “emancipación mental”. No entraremos en un análisis exhaustivo de este punto, solamente deseamos afirmar con certeza que toda la obra martiana es en esencia un pronunciamiento contra el colonialismo “interno”

(González Casanova) “del saber” (Quijano, Lander, Mignolo), entre otros autores y variantes epistémicas.

A modo de una instalación superficial del principio de autoctonía martiano como postulado impugnatorio de todas las formas de colonialismo -tema que en su complejidad y riqueza venimos procurando explorar en nuestras investigaciones- exponemos una de sus ideas fuerza, que da cuenta de la densidad de su cosmovisión: “La independencia no es un cambio de formas, sino un cambio de espíritu” (Martí, 1891: 484). A lo imitativo, extranjero dominador y colonizante, Martí le da lucha con la afirmación de sí y de la capacidad creadora y tenaz que rescata conmovedoramente de las raíces de su pueblo americano.

“Amarrando cabos” Interfaces del proceso anticolonial continental –antillano

Llegamos a esta instancia de desarrollo del trabajo, habiendo procurado explicar las razones por las cuales consideramos que los movimientos, las acciones y los emergentes discursivos revolucionarios y de resistencia contrahegemónica que trascurrieron en el siglo XIX nuestroamericano, conforman la trama de un único proceso anticolonial. Proceso, cuya dinámica alimenta y se retroalimenta del quehacer emancipador que se despliega en condición de gerundio (estar haciendo); proceso que -por tanto- responde a un devenir de tiempo largo, inconcluso, que admite diversas formas de temporalizarlo, disruptivas y ajenas a la linealidad que desembocan en una pluralidad de presentes, en el presente contemporáneo.

Este enfoque relativo a la forma de entender y utilizar la categoría tiempo en las investigaciones históricas, guarda relación con las consideraciones que -respecto a nuestra disciplina- aporta la perspectiva actual proveniente de la Sociología del Tiempo. En tal sentido señala:

Ha sido superada la adscripción a la historia como ámbito del pasado. Hoy en día, los historiadores – en general- ubican al presente como el territorio temporal privilegiado de sus investigaciones y, sin duda, han reflexionado sobre dicha dimensión temporal mucho más que los sociólogos. En efecto, el pasado que los investigadores investigan y relatan es reconstruido desde el presente y éste marca indeleblemente la selección, el uso, los vestigios, las huellas y los testimonios. Han superado con ellos el historicismo que, a manera de Ranke, postulaba que la finalidad de la historia consistía en exponer cómo en realidad habían sido los hechos, y han

renunciado a ese lugar que, durante tantos años, elevó a su disciplina a *historia magistra vitae*.

(Valencia, 2007: 184)

Los argumentos precedentes, nos habilitan a valernos de la frase “Amarrando cabos”. Esta acción representa al modo del historiador que indaga, re pregunta y problematiza desde las demandas de su presente histórico, desde la propia tramavida personal y colectiva. Amarrando cabos, es la actitud de dudar de certezas historiográficamente instaladas de manera acrítica, de generar nuevas combinaciones causales y procesuales para deconstruir postulados dominantes y abrir el camino a un “conocernos” desde la autoafirmación americana. Amarrando cabos, es conectar lo desconectado, pues es bien sabido que la atomización es un dispositivo epistémico de debilitamiento y negación de realidades “otra”. No en vano, esta enunciado que alude a las posibilidades de atreverse a pensar en los términos que formula Benjamin: “Llenar el presente del ´tiempo-ahora, haciendo saltar el *continuum* de la historia...” (Tischler, 2013: 114), proviene de la palabra siempre potente e inspiradora del maestro José Martí.

“Amarrando cabos para el alzamiento” es la frase original de cuño martiano que tomamos en asistencia para poner en práctica sobre el objeto de estudio de este análisis, el recurso metodológico que denominamos “interfaz”.

Interfaz se trata de un concepto utilizado por disciplinas técnicas, tecnológicas informáticas, geográficas, urbanísticas y sociales. Su definición refiere a conexiones que hacen posible la comunicación o articulación entre sistemas o procesos autónomos. Gráficamente una interfaz se representaría por límites o bordes que se interrelacionan, generando intercambios comunicativos o diálogo entre las partes.³

Entre otros muchos aportes, la tradición emancipatoria ha hecho valiosísimas intervenciones en el manejo del tiempo a partir de los cuales los historiadores contamos con lineamientos para avanzar en una perspectiva continentalista, Desde esta vertiente proceden potentes categorías críticas tales como revolucionariedad, imperativo categórico, transmodernidad/programa transmoderno, horizontes instituyentes e instituidos, emergencia, emergencia disruptiva y episódica, comienzos y recomienzos, entre otras; todas ellas valiosas construcciones teóricas formuladas por los autores ya mencionados al inicio de este trabajo-

³ Véase la aplicación del concepto de interfaz en el artículo de Mario Ayala (2017), “Tendencias actuales en los estudios sobre Historia de América Latina. Un diálogo con Luis Roniger”. En *Revista de la Red Intercátedras de Historia de América Latina Contemporánea: Segunda Época*, N°. 6, pp. 189-197.

que hemos estudiado y aplicado en investigaciones previas para elaborar estas reflexiones y el concepto de interfaz como recurso metodológico.

Desplazar y reemplazar la racionalidad hegemónica por las coordenadas que ordenan el tiempo emancipador, otorga validez a la formulación de interfaz. Desde tal afirmación surge el desafío de encontrar patrones, conectores y articulaciones que permitan un acercamiento a la comprensión de América como totalidad, una América que en los momentos de emergencia libertaria, es pensada y vivenciada a la luz de una vocación integracionista.

Interfaz, habla de bordes o fases de un mismo proceso que se reconocen plausibles de ser conectados o amarrados a partir de conectores significantes.

En vista de esta propuesta, intentaremos llevar adelante el ejercicio de articular por interfaces al proceso anticolonial hispanoamericano del siglo XIX, con el propósito de mostrar una posible historicidad de integración.

Desplegar la Independencia. El tiempo de la soberanía de la “Patria Grande”

A los efectos de abordar este punto, resulta necesario recuperar los ejes que ordenan el desarrollo del tema. Hemos dejamos sentado que partimos de la premisa de reconocer un tiempo revolucionario independentista de amplio alcance. El mismo se extiende desde fines del siglo XVIII y aún persiste activo en el siglo XXI, si se reconoce la visibilidad del movimiento por la independencia de Puerto Rico. Así también establecimos que el ámbito histórico del proceso, reconoce un territorio delimitado por el Río Bravo o Río Grande en México hasta Tierra del Fuego en el sur. Es “nuestra América” martiana (Martí, J; 1884:24), espacio físico y ontológico, atravesado por una dinámica histórica en común. Así definida, nuestra América comprende México, Centroamérica, América del Sur, Antillas y Caribe.

Teniendo en cuenta esta escala territorial, es posible evidenciar que el movimiento independentista se trata de un proceso libertario que impulsa contra la hegemonía de diversas matrices de dominación.

Sin embargo, hemos aclarado que la región bajo dominio de España, constituye el recorte procesual del análisis que estamos efectuando.

Esta perspectiva hispanoamericana de tiempo largo y continental -en sentido amplio- que sostenemos epistemológicamente,⁴ toma distancia de la manera clásica en que el proceso independentista es reconstruido y transmitido.

Permítasenos decir que existe una suerte de “pliegue” histórico en la versión en que la historiografía ha tratado en tema y que luego hemos reproducido y circulado en los ámbitos de enseñanza de la historia de América

Revisando algunas de las obras más importantes de la historiografía dedicada a la revolución independentista, repasando aquellos textos valiosos, pioneros, insustituibles e indiscutibles que conforman la base de formación de los estudios de América Latina, hemos arribado a observaciones en torno a nuestro supuesto.

Ciertamente, la indagación nos conduce a señalar la prevalencia de la dimensión hispano-continental del movimiento independentista, sobre un abordaje que responde a la periodización fines del Siglo XVIII – 1808 – 1825. Es en esta perspectiva donde encontramos un pliegue o borde territorial y temporal:

“En 1825 terminaba la guerra de Independencia; dejaba en toda América española un legado nada liviano” (Halperin Donghi, 1967/ 2005; 135).

“Finalmente, acorralado y aislado, Olañeta fue mortalmente herido en la batalla de Tumusla (1º de abril de 1825), y sus tropas derrocadas. Esta fue la última batalla de la revolución americana” (Lynch; 1976: 316)

“No fue hasta el 1 de abril de 1825 cuando los ejércitos de Sucre pudieron vencer a los de Olañeta (...). La guerra había terminado, América era libre. Pero. ¿Era América realmente libre? (Mires, 1988: 147)

Lógicamente, no se puede obviar que este proceso responde a condiciones históricas en común, coyunturales, sincrónicas y articuladas y que a estos grandes y prestigiosos investigadores les debemos su inconmensurable estudio riguroso e integral. . Pese a la contundencia y monumentalidad que desde todo punto de vista ha sido documentado, analizado e interpretado el proceso libertario que se llevó adelante en el continente, desde

⁴ Es importante consignar que esta perspectiva no es el resultado de una reflexión personal, sino es fruto de una experiencia colectiva que lleva adelante desde hace muchos años el equipo docente de la cátedra de Historia de América III- Departamento de Humanidades, Universidad Nacional del Sur.

México a América del Sur, no es el único ni estuvo aislado de la revolucionariedad antillana. También creemos que otro argumento que hace a la comprensión de América y que merece considerarse para rescatar de la lejanía, sumar y ponderar el tratamiento de la región antillana en tema independentista. Concretamente nos referimos a la cuestión financiera y particularmente a las exigencias que -en su carácter de colonias-recayeron sobre las riquezas que principalmente producían Cuba y Santo Domingo. Tulio Halperín Donghi y Fernando Mires mencionan que con el estallido de la guerra de revolución continental, la Metrópoli colapsó económicamente al dejar de percibir los tributos de sus posesiones. Los quince años de guerra realista contra revolucionaria fueron financiados en gran medida, con el esfuerzo de los americanos insulares. Antillas sobrellevó el peso económico de la corona en la guerra contra el resto de Hispanoamérica. Un acercamiento profundo a la internalidad de esta cuestión en la vivencia del pueblo cubano la revela elocuentemente José Martí en el documento “La República española ante la Revolución cubana” (1873).

Sintiéndonos tributarios del arco historiográfico americanista, de sus enseñanzas y apasionamiento heredado por la historia de nuestra América, nos motiva –gracias a ellos y partir de ellos- dar un paso más y entonces plantear que en 1825 no terminó la guerra de independencia del universo hispanoamericano. Dicho de otro modo y dando continuidad al interrogante que deja abierto Fernando Mires... ¿Era América realmente libre? La respuesta es negativa y si bien para una parte de América comenzaba la dificultosa etapa pos independiente, existía otro sector de la América hispana que en 1825 se encontraba librando su proceso independiente. Ciertamente, en las Antillas españolas ya se había iniciado la contingencia revolucionaria que – además- se generaba de manera articulada con el proceso de “Tierra Firme”.

Por estas razones es que hablamos de pliegues con bordes temporales, que historiográficamente en ocasiones han sido tan definidos, que prácticamente han operado como barreras para el conocimiento. Por una lado un proceso continental desarticulado de todo acontecer simultáneo y posterior. Por otra parte, historiografías nacionales, oficiales y heroicas de la independencia, que han transitado sus procesos dentro de estos bordes.

Este señalamiento nos pone en condiciones de plantear como propuesta “desplegar la independencia” Esta mirada supone en sentido amplio, abrir el ángulo de observación de

la Historia de América hacia atrás y hacia delante de la periodización tradicional 1808-1825.

Mediante este recurso y en función de este análisis, habilitamos una periodización del proceso independentista de América española. determinado por dos ciclos revolucionarios. El primero, reconoce una fase continental que transita entre el último tercio del siglo XVIII y 1825. El segundo, asume una fase insular -que según nuestro criterio de periodización- se desenvuelve entre 1821 y 1898 y comprende el Caribe antillano bajo posesión de España, particularmente Santo Domingo, Cuba y Puerto Rico.

Entre una fase y la otra, es posible evidenciar un solapamiento o ensamble de circunstancias a través de las cuales se entrama históricamente un movimiento con el otro. De acuerdo a este planteo, la interfaz continental/antillana de praxis independentista reconoce la interconexión de elementos entre 1821 a 1826.

Dado que es imprescindible justificar fácticamente dicha construcción conceptual, debemos evaluar el momento de la revolución de América meridional en el año 1821.⁵ Repasando rápidamente la situación, se observa que desde el sur las campañas libertadoras de San Martín habían asegurado la independencia de las Provincias Unidas en Sud América, Chile y que se encontraban defendiendo la reciente proclamada independencia de Perú. En el norte, los triunfos de Boyacá (1818) y Carabobo (1821), obtenidos por el ejército libertador de Bolívar, afianzaban la definitiva independencia de Colombia y Venezuela. Una variable que debe asociarse al fortalecimiento de la situación revolucionaria patriota, es la crisis en España como consecuencia de la insurrección liberal contra Fernando VII y la sublevación de Riego en 1820. Este panorama que preludia el triunfo definitivo sobre el ejército español, genera las condiciones propicias para que la revolución se proyecte desde el continente a las Antillas españolas, encendiendo la chispa conspirativa y se elaborasen planes de ayuda para la lucha anticolonial en las islas.

Señalaremos como ejemplos de proyectos que se dirigían a la suma de fuerzas para alcanzar el completo desmantelamiento del orden imperial español en América, la

⁵ Las explicaciones históricas forman parte del capítulo de nuestra autoría: “De Las Provincias Unidas en Sud América a nuestra América. La independencia en clave de proyecto continental”. En *Aguirrezabala, M et al. (2017) La política y lo político en tiempos de la independencia*. Bs As: FEPAl, 11-25

intención del grupo revolucionario de Santo Domingo que en 1821 negocia con Bolívar la anexión del territorio a Colombia, como medio para asegurar la frágil independencia recientemente declarada.

En el caso de Cuba, el sector separatista cuenta con el respaldo de Colombia y del primer presidente republicano de México, Guadalupe Victoria. En el año 1823 Una organización masónica adherente a la logia mirandina de los Caballeros Racionales, denominada “Soles y Rayos de Bolívar”, prepara en Cuba una conspiración revolucionaria contra el gobierno español y en contra del rico sector de criollos plantadores esclavistas, afines al orden colonial. Integraban la logia cubana, importantes figuras revolucionarias y militares de Venezuela, Colombia, San Salvador y hasta del Río de La Plata.

La lucha entre integristas y criollos se hizo tan agresiva, que empezaron a escucharse gritos de ¡Viva la Independencia! y aparecieron carteles separatistas. Las logias masónicas empezaron a convertirse, gracias a su carácter cerrado, en centros de conspiraciones por la independencia. También surgieron numerosas

Sociedades secretas: la más importante de ellas fue la llamada «Soles y Rayos de Bolívar», fundada en 1821 con el fin de emancipar a Cuba y crear la República de Cubanacán. El movimiento estaba dirigido por José Francisco Lemus, un miembro del partido de los criollos que había sido nombrado años atrás coronel del ejército colombiano. También se destacó un argentino, José Antonio Miralla. Su conexión con los patriotas sudamericanos era evidente. La organización tenía ramificaciones en cinco provincias y los conspiradores conocidos eran más de seiscientos. En 1823, a los dos años de creada la organización y cuando estaba cercano el estallido insurreccional, sus promotores fueron detenidos y condenados a penas de destierro.

El aborto de esta conspiración coincidió con el restablecimiento del absolutismo en España, después de casi tres años de período constitucional. (Cantón Navarro, 1996: 11)

Creemos que la historia misma da cuenta de las razones para sostener la unidad del proceso independentista. La heterogeneidad de los actores que intervienen en los planes conspirativos demuestra la existencia de un ideal lucha americanista conjunta, en pos de la libertad de América.

Completa la interfaz continental-antillana la convocatoria a las naciones soberanas a reunirse en el Congreso Anfictiónico de Panamá (22 de junio al 15 de julio de 1826).

Ya retornaremos al Congreso de Panamá a fin de considerar su valor como anclaje de otra interfaz. Sólo resta añadir por la pertinencia e importancia que adquiere para en el aspecto

que estamos analizando que, entre los objetivos del proyecto Bolívar aspira a conformar un ejército continental para liberar las Antillas aún sometidas a España

Pese al fracaso de los proyectos que se elaboran con el propósito de llevar adelante una acción mancomunada entre los agentes revolucionarios de las Antillas y los nuevos estados soberanos de América, el punto que nos interesa remarcar es el principio de continuidad de la lucha libertaria.

En consistencia a esta cadena de significaciones creemos hallar las condiciones de posibilidad para identificar una segunda interfaz antillano-continental entre 1810 -1825 y 1895.- 1898.

José Martí, es el hacedor de la sutura entre el ciclo revolucionario continental y la “Guerra Necesaria”. La fase final de la lucha independentista de los últimos territorios bajo dominio español, se pone en marcha con la declaración de la “Guerra Necesaria” que efectúan Martí y el general dominicano Máximo Gómez en 1895. Este plan se concibe por premisas rectoras: “La firme determinación de escribir, en una tierra que no es libro todavía, la última estrofa del poema de 1810” (Martí, Madre América -1889:421), y la exhortación “Ha llegado para la América española la hora de declarar su segunda independencia” (Martí, El Congreso de Washington -1889:379).

Concluir el libro de 1810, significa alcanzar por las armas la independencia de Cuba y Puerto Rico.

A partir de allí, unir el destino de ambas naciones en un programa de fortalecimiento e integración continental. Progreso por la vía del desarrollo de las capacidades autóctonas y unión continental. Frenar el imperialismo norteamericano, requiere de ese fortalecimiento hacia adentro.

La independencia de las islas antillanas, en la trama de la segunda independencia de nuestra América, implica construir un destino para la Patria “que es una”, según la aspiración de Bolívar, San Martín y Martí, como máximos representantes de dicha manera de concebir la Patria Grande.

Consideraciones finales

Este trabajo es un retorno al tema emancipación; tema problema que nos ocupa desde la tarea docente y desde el interés por el estudio de la Historia de América. En esta oportunidad, nos convocó el interés por hallar una manera de fundamentar la interconexión del proceso independentista hispanoamericano. Partimos del presupuesto de asumir que el mismo es parte de una praxis anticolonial nuestroamericana de alcance temporal de larga duración y dimensión territorial continental en sentido amplio.

Para el desarrollo de esta hipótesis, en primer lugar fue necesario revistar determinadas condiciones teóricas que nos permitieron bosquejar la episteme de la categoría Emancipación. A la luz del imperativo categórico marxiano, como idea reguladora del paradigma emancipatorio y acudiendo a la asistencia de diferentes contribuciones del pensamiento, hemos ensayado una definición de emancipación que habilita un Tiempo/s emancipador y un quehacer emancipador en tanto acción en movimiento, no acabada. El hacer emancipatorio se constituye de disímiles modos de objetivaciones e incluye la multiplicidad y diversidad de sujetos que en la trama de la historia conforman el sujeto colectivo “nosotros” americano.

La categoría emancipación así entendida, exige –como recomienda Boaventura Dos Santos Sousa- “sutantivar”. Esta operación supone recuperar aquellos sustantivos categóricos y afirmarlos en su potencia conceptual. Atendiendo a este requerimiento de “desambiguar” y asumir una posición crítica, es que diferenciamos el concepto de emancipación al de independencia.

Prosiguiendo con el imprescindible ejercicio de “mapear” conceptos, dedicamos un apartado a explicar las razones por las cuales la hipótesis orientativa, requiere anclaje y cohesión en el concepto de proceso anticolonial en sentido lato.

El manejo de la perspectiva anticolonial, en tanto fenómeno constitutivo del hacer emancipador, nos permite trabajar sobre permeabilidades y continuidades del acontecer revolucionario independentista y de la contingencia antimperialista, como de la postura que –en términos teóricos actuales- denominamos decolonial.

La elaboración de este sustrato explicativo tiene por objeto dejar enunciado –tan sólo enunciado- nuestro interés por investigar la correlación en interfaz entre el momento independentista y el

acaecer emergente antimperialista, que comienza a tomar cuerpo doctrinario a partir de la segunda mitad del siglo XIX. Concretamente, este tema encuentra motivación en las condiciones de posibilidad que fundamentan la identificación de una interfaz entre la aspiración integracionista y la praxis anticolonialista de Francisco Bilbao y José Martí. Si bien algunos aspectos ya hemos adelantado en el desarrollo de este trabajo, nos entusiasma la tarea de ir tras las huellas de sus escritos para identificar una nueva interfaz anticolonial antillana –continental de carácter anticolonial.

Arribando a este punto del análisis, el enfoque se centró en dar sentido operativo a la herramienta metodológica que denominamos interfaz. El andamiaje conceptual que sostiene a este recurso metodológico, parte de asumir la historia de tiempo presente, “la contemporaneidad de lo no contemporáneo”, en términos de la Sociología del Tiempo. Así entendemos que el pasado en coexistencia con el tiempo presente y entramando con la realidad presente, deja ante el investigador un ato de cabos o puntas de procesos que se despliegan simultáneamente “pidiendo” ser re interrogados desde demandas de respuestas y búsquedas actuales.

“Amarrando cabos” ha sido entonces la tarea que intentamos efectuar, para explorar la trama de significantes fácticos y de sentido por los cuales creemos posible demostrar la existencia de nodos de contacto y correlación entre dinámicas históricas continentales e insulares.

Tras reconocer la valiosa e insustituible tarea que realizaron los grandes maestros de la Historia de América, de quienes todas las generaciones de historiadores –incluso las actuales– somos tributarios de sus obras, consideramos que nos compete el deber de avanzar con nuevas periodizaciones que contienen renovadas hermenéuticas, como desafío en respuesta a interpelaciones de nuestro tiempo.

En base a estas reflexiones, fue que pusimos a consideración la propuesta de “desplegar la Independencia”.

Sostenemos en este trabajo que el proceso de independencia de nuestra América reconoce un horizonte de tiempo largo y que en el mismo, la revolución hispanoamericana puede periodizarse en dos etapas: el ciclo continental, fines del Siglo XVIII a 1825 y el ciclo insular que definimos temporalmente entre 1821 y 1898. En esta dirección, hemos procurado fundamentar que, lejos de tratarse de dos procesos autónomos, ambos están interconectados sobre la base de proyectos y acciones comunes que perseguían la libertad y unión de los estados americanos. Tal es el contexto en el que fue pensada y diseñada la estrategia

revolucionaria por las logias americanas, Lautaro, en Argentina y Chile, cuyo máximo referente es José de San Martín y Los Caballeros Racionales o la Gran Logia Americana, que operó en Venezuela, Colombia y las Antillas. Tal es también la vocación integracionista del Congreso de Panamá, entre cuyos objetivos de máxima se encontraba el ideal de lograr la libertad en las Antillas.

Finalmente, es José Martí quien completa el ciclo independentista hispanoamericano, al conectar en interfaz la revolución continental y su continuidad con la revolución cubana-antillana.

Convencidos de que el tiempo emancipador es un tiempo de esperanza para alcanzar un futuro “otro”, permítasenos concluir con las palabras que nos legara José Martí:

“Porque ya suena el himno unánime; la generación real lleva a cuestas, por el camino abonado por los padres sublimes, la América trabajadora; del Bravo a Magallanes, sentado en el lomo del cóndor, regó el Gran Semí, por las naciones románticas del continente y por las islas dolorosas del mar, la semilla de la América nueva” (Martí, 1891: 487).

Referencias Bibliográficas

Cantón Navarro, J (1996). *Historia de Cuba. El desafío del yugo y la estrella. Biografía de un pueblo*. La Habana: SI-MAR.

Castoriadis, C (1991). “Significaciones imaginarias y lógica conjuntista-identitaria”. En Proyecto Revolucionario (Eds) (2008): *El pensamiento de Cornelius Castoriadis*. Vol. 2, 64 – 79.

Guerra Vilavoy, C (2010). *Breve Historia de América Latina*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

Halperin Donghi. T (1969). *Historia Contemporánea de América latina*. Madrid: Alianza Primera edición en «El libro de bolsillo»: 1969. Decimotercera edición, revisada y ampliada: 1996 Primera edición en «Área de conocimiento: Humanidades»: 1998 Sexta reimpresión: 2005

Hidalgo Paz, I (1992). *José Martí. Obras Escogidas*. La Habana: Centro de Estudios Martianos, Editorial de Ciencias Sociales, III tomos.

Holloway, J. – F. Matamoros & S Tischler (2015). *Zapatismo. Reflexión teórica y subjetividades emergentes*. Bs. As: BUAP/Herramienta.

Jalif de Bertranou, C (2003). *Francisco Bilbao y la experiencia libertaria de América*. Mendoza: EDIUNC.

Konnig, H (1992). “El intervencionismo norteamericano en Iberoamérica”. En *Lucena Salmoral, M* (Comp.): *Historia de Iberoamérica*. Madrid, tomo III, 407- 415.

Lenin, V (1916) (2005). *El Imperialismo, Fase Superior del Capitalismo*, Bs. As: Libertador.

Lynch, J (1976). *Las Revoluciones Hispanoamericanas 1808-1826*. Barcelona: Ariel.

Marx, (1968) [1843]. *Crítica de la Filosofía del Estado de Hegel*, Bs. As: Claridad. Recuperado de <https://creandopueblo.files.wordpress.com/2013/10/marx-crc3adtica-de-la-filosofc3ada-del-estado-de-hegel.pdf>

Mires, F (1988). *La rebelión permanente. Las revoluciones sociales en América Latina*. México: Siglo XXI.

Ortega y Gasset, J (1983). “Historia como Sistema”. En *Obras Completas*. Madrid: Revista de Occidente, vol. VI, 32-33.

Rodríguez, A (2008). “*Revolucionariedad* y Revolución en el Frente Sur. Independencia del Río de la Plata, Uruguay, Bolivia, Paraguay y Chile”. En *Mineiro, M, Scatamacchia & F Enríquez Solano* (Eds). *América. Contacto e Independencia*, Madrid: Centro Nacional de Información Geográfica, 306-326.

Rodríguez, A (2013). “Suturando la Inconclusividad: Cronotopos y puntos de constelación en la emancipación nuestromericana,” en *Actas de las XIV Jornadas Interescuelas*. Mendoza: Universidad Nacional de Cuyo. Recuperado de <https://historiaescrita.wordpress.com/2014/10/08/actas-de-las-xiv-jornadas-interescuelas-departamentos-de-historia-2013/>

Roig, A. (2007). “Necesidad de una Segunda Independencia”, En *Biagini, H & A. Roig* (Comps.) *América Latina hacia su segunda independencia. Memoria y Autoafirmación*. Bs. As, Programa Puertas del Bicentenario, Gobierno de Bs As, 29-51.

Torre, E (2012). “El Calibán se está engendrando en Washington. Vigilancia, advertencias y accionar de José Martí ante la Primera Conferencia Internacional Americana”. Bs As: ADHILAC. Publicación electrónica formato CD.

Torre, E (2017) “De Las Provincias Unidas en Sud América a nuestra América. La independencia en clave de proyecto continental”. En *Aguirrezabala, M et al. La política y lo político en tiempos de la independencia*. Bs As: FEPAI, 11-25

Valencia García, G. (2007). *Entre Cronos y Kairós: las formas del tiempo socio histórico*. Barcelona: Anthropos.

